

LA SALVACIÓN FUERA DE LA IGLESIA

*Uno de los ángulos más acusados de la moderna problemática religiosa, en el actual ambiente ecumenista, es la salvación de los no católicos. El viejo axioma dogmático *Extra Ecclesiam nulla salus* recobra una actualidad de primer plano que nos invita a repensar este punto-vértice de confluencia de la ecclesiología con la soteriología. El recurso a la teología de San Pablo es decisivo: de sus cartas arrancan los principios firmes de solución de este espinoso problema.*

«*Extra Ecclesiam nulla salus*» a la luz de la Teología paulina, Estudios Bíblicos, IX (1960), 25-48

Como surgió el axioma

Fue entre los años 249-251. Orígenes, en su tercera homilía sobre Josué, hace la alegoría de la casa de Rahab, la Iglesia, marcada con la sangre de Cristo. y afirma: "fuera de esta casa, esto es, fuera de la Iglesia, nadie se salva".

Casi simultáneamente, San Cipriano, en su libro "De Unitate Ecclesiae" contra el cisma nováciano, escribía: "no puede ya tener a Dios por Padre, el que no tiene a la Iglesia como Madre", y más claramente en otro lugar: "porque no hay salvación fuera de la Iglesia". Lactancio y San Jerónimo mantienen el mismo principio "extra Ecclesiam nulla salus" contra las exigencias de las nuevas sectas heréticas y algunos grupos cismáticos.

San Agustín, siglo y medio posterior a Orígenes y Cipriano, recibe el axioma y lo acepta; pero se plantea él ahora el problema desde un nuevo punto de vista: el de la buena fe de aquellos que nacieron en la herejía y buscan sinceramente la verdad. Éstos, dice San Agustín (Epist 43, PL 33, 160), "de ningún modo han de ser considerados como herejes" (en el sentido estricto de Tit 3, 10 s.). En otra de sus obras (Contra Faustum, I, 12, c. 20, PL 42, 265) afirma que los nacidos fuera de la Iglesia pueden producir frutos de caridad.

El axioma había surgido en un contexto de lucha contra las nuevas sectas y las facciones cismáticas. Su sentido original auténtico fue éste: no hay más sistema de salvación que la única e indivisible Iglesia Católica. Los Santos Padres y escritores eclesiásticos del siglo in pusieron su atención sobre *la unidad de la Iglesia como tal*, y no sobre el *individuo*. Fue San. Agustín el que dio un enfoque soteriológico a un problema que hasta entonces había sido eminentemente *ecclesiológico*, y a la interrogante de la salvación del individuo que de buena fe vive en la herejía. respondió apuntando a una solución de benevolencia, de acuerdo con la voluntad salvífica universal de Dios.

A través del magisterio eclesiástico

Inocencio III exigía, en 1208, esta profesión a los Valdenses: "Creemos de corazón y de palabra confesamos una sola Iglesia, no de los herejes, sino santa, romana, católica y apostólica, *fuera de la cual creemos que nadie puede salvarse*" (D 423).

Siete años después, el Cuarto Concilio de Letrán, respondiendo a análogas preocupaciones eclesiológicas definía: "Una sola es la Iglesia universal de los fieles, *fuera de la cual ninguno se salva*" (D 430). 1 Bonifacio VIII escribía en 1302 su célebre Bula "Unam Sanctam".

El contexto del axioma en estos documentos del magisterio vuelve a ser rigurosamente eclesiológico: la Iglesia es solamente una, como el Arca de Noé, como la túnica inconsútil de Cristo; el cisma griego no puede pretender para sí el nombre de verdadera Iglesia.

Hemos de avanzar hasta el siglo xix para ver desplazarse de vez el axioma desde la perspectiva eclesiológica a la soteriológica. Pío IX en la alocución "Singulari quadam" y en la Ene. "Quanto conficiamur moerore" se sitúa ante el caso concreto del hombre de buena fe que está de hecho fuera de los muros de la Iglesia. Recoge el axioma *Extra Ecclesiam nulla salus* reconociéndolo como un "conocidísimo dogma católico", según el cual hay que confesar que están ciertamente excluidos de la salvación los que "con contumacia se alzan contra la autoridad y las definiciones de la Iglesia" y los que "con pertinacia se separan de la unidad de la Iglesia y del Romano Pontífice, sucesor de Pedro"; pero los que tienen una "ignorancia invencible acerca de la verdadera religión" y "por otra parte cumplen con su conciencia", son objeto de la "operación de la gracia divina" y "pueden conseguir la vida eterna" (admitiendo así, implícitamente, al haber asentado antes el axioma con validez absoluta, que éstos pertenecen *de algún modo* a la Iglesia).

Pío XII en la *Mystici Corporis lo* explicaba "en virtud de un deseo y voto implícito inconsciente por el cual se ordenan al Cuerpo Místico". En esta misma línea el Santo Oficio condenaba la opinión del jesuita Feeney, de Boston, 8 de Agosto de 1950, que urgía el axioma *Extra Ecclesiam nulla salus* entendiéndolo rigurosamente, o sea de los que de hecho pertenecen a la organización visible de la Iglesia Católica Romana.

Conservando el axioma toda su validez, los teólogos, moviéndose en el plano de la problemática soteriológica, se preguntan hoy: ¿qué relación de pertenencia a la Iglesia Católica tiene el hombre de buena fe, que no es de hecho miembro de la Iglesia, y que llega a alcanzar la salvación ?

A la luz de la teología paulina

Pablo afirma solemnemente, en esta perspectiva soteriológica, que *en Dios no hay acepción de personas* (Rom 2, 11-16), de modo que el pagano, desprovisto de la Ley o revelación positiva, basta que actúe según su conciencia para que Dios le juzgue benévolamente en el momento crucial del juicio. En Tim 2, 4, el apóstol da a la teología la fórmula clásica: *Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad*. El problema surge al intentar conjugar esta verdad con la de la unicidad de la Iglesia como instrumento de salvación.

El punto de partida para llegar a un contexto próximo del axioma en la teología paulina, es, sin duda, la consideración del sentido cristiano de la Historia.

Como ha observado O. Cullmann, la Historia universal -del mundo y del hombre- coincide de hecho con la *Historia de la Salvación*. El principio de la obra misericordiosa de Dios, después de *la caída es la elección de una minoría para la redención de la masa*: la historia de *un solo pueblo* determinará la salvación de *todos los hombres*; al no cumplir el pueblo de Israel, en su conjunto, la misión que se le asignó, es elegido un *resto, del cual* hablan insistentemente los profetas, que sustituye al pueblo. Este resto disminuye aún y se reduce a *un solo hombre*, el único que podrá realizar la función de Israel: es el *Siervo de Yahvéh, el Hijo del Hombre*, que representa *el pueblo de los santos* (Dan 7, 13 s.).

Hasta Jesucristo, pues, la Historia de la Salvación camina hacia una reducción progresiva, hasta alcanzar su centro. A partir de este punto se inicia la nueva alianza, en un sentido inverso: después de la pasión y resurrección de Cristo, el desarrollo se efectúa *avanzando progresivamente de la unidad a la pluralidad*, de suerte que esta pluralidad represente al único. El camino va de Cristo u los que creen en Él, a los Apóstoles, a la Iglesia.

Cristo salvador universal

La historia de la humanidad está solicitada interiormente por dos impulsos antitéticos: uno de pecado y otro de justificación, uno de muerte y otro de vida, que está en relación estrecha con la promesa de un futuro libertador. San Pablo lo subraya claramente (Gál 3, 6-4, 7) Dios prometió a Abraham que *serían bendecidas en él todas las gentes*. Esta promesa se concretiza en el único, en Cristo (3, 16) que, por su muerte substitutiva, lleva a cabo el rescate de los pecadores (4, 5). Por la fe y el bautismo todos podemos participar de la promesa hecha al único, y llegar a ser hijos y herederos en Él (4, 4-7).

La misma historia precristiana lleva un curso *saludable* porque se dirige al Cristo futuro, según fue decretado en el plan primitivo de Dios. Todas las instituciones humanas, incluso la propia Ley judaica, estaban desprovistas de validez salvadora: ellas solas de por sí no podían enderezar el curso de la Historia. A los Gálatas y a los Romanos les dice Pablo que tanto paganos como judíos se pueden encaminar hacia la salvación, pero no por la Razón o por la Ley, sino por el movimiento cristocéntrico de la Historia. El único camino hacia la salvación pasa necesariamente por Cristo.

La Iglesia, nueva Eva, "Madre de los nuevos vivientes"

En este marco de amplitud soteriológica, de Col 1, 15-17, se presenta la Iglesia en forma aparentemente desconcertante: *...y Él está por delante de todo, y todo el conjunto tiene en Él su consistencia. Él es también la Cabeza del Cuerpo de la Iglesia; Él, que es el comienzo...* (Col 1,18). Contra los inquietos innovadores de Golosas, afirma Pablo que Cristo, precisamente en su calidad de *Señor universal de la salvación, es Cabeza del Cuerpo de la Iglesia*, valiéndose de ella como de único instrumento para llevar a cabo su tarea cósmica de salvación.

En este pasaje, Col 1, 15-20, como en el de Eph 1, 20-23, en que Pablo nos presenta al *Christós Pantokrátor*, resucitado y glorioso, aparece claramente la alusión a la narración genesíaca: Cristo es el verdadero Adán, imagen de Dios y primogénito de toda criatura,

porque en Él, por medio de Él y con vistas a Él, fueron creadas todas las cosas (Cfr. Ps 8, 7). En Cristo se realiza históricamente el contenido de aquella semejanza divina, según la cual el hombre participaría del dominio universal del Creador (Gén 1, 26-27).

Ahora bien: la presentación que hace Pablo de la Iglesia al lado del Segundo Adán nos indica una referencia tipológica con la existencia de Eva junto al primer Adán. Toda una línea exegética primitiva, que partió del propio San Pablo y sostuvieron Papías, Clemente Romano, Panteno y Ammonio, según atestigua Anastasio Sinaíta, interpretó que todo el relato genesíaco de la creación prenunciaba (sentido típico) las relaciones entre Cristo y la Iglesia. El trasfondo genesíaco de la concepción paulina se nos muestra también en 2 Cor 11,2, y en el cap. 5 de la carta a los Efesios.

El Génesis definía a Eva como ayuda proporcionada de su marido (Gén 2, 18). Del mismo modo la Iglesia es la cooperadora de Cristo en su calidad de Segundo Adán padre de la nueva humanidad. La Iglesia es la colaboradora única del Salvador pues solamente a ella le ha sido dada la fecundidad universal en el nuevo orden de cosas (Gál 4,21-31); ella, como Eva, es la *madre de todos los nuevos vivientes*.

La nueva Eva en la Historia de la Salvación

Para Pablo la Historia tiene dos centros rigurosos de gravitación: Adán y Cristo. Es inútil buscar zonas neutrales de influencia: o se está-en-Adán (pecado y muerte), o se está-en-Cristo (liberados y orientados hacia la resurrección).

Al triunfar Cristo sobre la muerte (Eph 4, 1-16) subió a *la altura, por encima de todos los cielos*, pero no dejaba sola a la humanidad que de Él había esperado la redención y la vida; dejó un cuadro jerárquico (*apóstoles, profetas, evangelistas, maestros*) que llevaría adelante el ritmo salutífero de la Historia.

Después de la Ascensión de Cristo, la Historia sigue adelante. hacia su plenitud, hacia su completo rescate, hacia la definitiva recuperación de la vida.

En los planes de Dios solamente hay *una* institución, encargada por Cristo de llevar adelante esta maduración vital de la Historia: La Iglesia. El plan salvífico divino desplegado sobre el mundo entre la Resurrección de Cristo y su Parusía está subordinado a la acción misionera de la Iglesia; de la Iglesia depende el ritmo saludable de la Historia.

Los hombres que nacen después de Cristo y que no se han apartado de la tutela de la Iglesia de una manera culpable y pecaminosa pueden entrar en el curso Saludable de la Historia, gracias a la acción de esa Iglesia que ellos ignoran. La Historia camina hoy hacia la justificación y la vida, porque ese puñado de hombres, que se llama la Iglesia, va cumpliendo su tarea de ir haciendo madurar a la humanidad en el sentido de Cristo.

Así el axioma conserva todo su valor absoluto: *fuera de la Iglesia no hay salvación*.

Cómo se realiza esta comunicación invisible de la gracia desde la Iglesia hacia los hombres que no están en su seno, no nos ha sido revelado. Pero podemos afirmar el

hecho como un dato seguro y luminoso de la enseñanza paulina sobre la función imprescindible de la nueva Eva en la economía de la salvación.

Dos abusos extremos

Situado así el axioma, en su amplia perspectiva paulina, adquiere su exacto sentido. Se cae, por tanto, en un extremo erróneo al exigir la integración actual y de hecho en la comunión eclesial como absolutamente imprescindible para la salvación: Pablo afirma expresamente la posibilidad de salvación de los no cristianos de buena fe. Pero es también posible caer en el extremo opuesto, movidos por cierta tendencia sincretística o, si se quiere, ecumenística. Ante las apremiantes llamadas que se hacen *hoy no sólo a los católicos, sino a todo credo religioso*, uno se ve tentado a figurarse que el ejército de la gloria sobrenatural de Dios en la tierra es una especie de amalgama o gobierno de coalición entre la Iglesia y otras organizaciones de hombres de buena voluntad.

No. La afirmación paulina es contundente: la única madre que tiene fecundidad en orden a la salvación es la Iglesia. Ella es la única que tiene de Dios la misión de consumir la redención y liberación de una creación que el pecado desvió de su curso primitivo hacia Dios y hacia la vida. Esta tarea de responsabilidad absoluta sobre la Historia, es la mayor grandeza que oprime a este puñado de hombres que constituyen la Iglesia Católica Romana.

Condensó: JUAN J. WICHT